

que subsisten? ¿Cuál era su sistema educativo y cuáles las formas arquitectónicas y urbanísticas elaboradas a lo largo de los años?

Son preguntas en relación con las cuales han reunido una serie de datos esclarecedores los autores del libro que reseñamos. Por cierto que el período que cubren acaba en 1971, es decir, justamente en el momento en que se aprecian los primeros, aunque graves síntomas de reflujó del movimiento contracultural USA, a cuyo amparo proliferaron todo tipo de comunas en los estados del Oeste americano fundamentalmente. Las causas de ese fracaso han sido analizadas en otros lugares y tienen que ver sobre todo con la incapacidad manifiesta para superar el egoísmo y las tensiones continuas entre sus miembros, la falta de comunicación real, la hostilidad del medio ambiente, e incluso el utopismo de todo el proyecto anticonsumista.

A pesar de todo, hay comunas que han logrado sobrevivir desde su fundación hace ya dos siglos, y que han alcanzado un notable grado de prosperidad económica, gracias a sus negocios agropecuarios o similares. Son casi todas ellas —como las hutteritas o las menonitas— de inspiración religiosa y están fuertemente integradas. En estas comunas, señalan los Ungers, el número de neurosis y demás disfunciones psíquicas es notablemente inferior a la media norteamericana, y entre sus integrantes no se producen delitos ni acciones criminales. Otras, sin embargo, han degenerado hasta el punto de que la vieja autocracia eclesial ha sido sustituida por un consejo de administración. Y sus miembros se han convertido en accionistas. Cosas del progreso.

■ JOAQUIN RABAGO

(1) Liselotte y O. M. Ungers: **Comunas en el Nuevo Mundo: 1740-1971** (Colección Punto y Línea), Barcelona, 1977. Ed. Gustavo Gili. Traductor: Michael Faber-Kaiser.

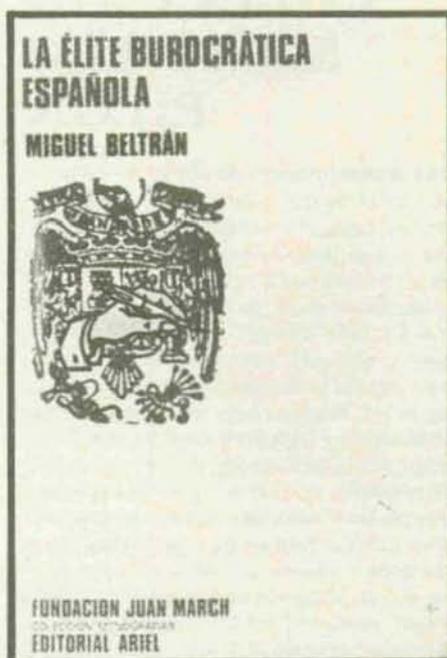
LA ELITE BUROCRÁTICA

El sesenta por ciento de los funcionarios superiores de España salen de Madrid y de la zona centro, a pesar de que ahí sólo reside el veintisiete por ciento de la población. Andalucía y Extremadura, con casi el veinticinco por ciento de la población total no dan más que el trece por ciento... Estos datos salen de una encuesta patrocinada por la Escuela Nacional de Administración Pública de Alcalá de Henares, realizada en 1967.

Sobre ella ha trabajado el profesor Miguel Beltrán Villalva, doctor en Derecho y él mismo técnico de Administración civil. El resultado de su trabajo es un interesante libro («**La élite burocrática española**») publicado en la colección «Monografías»

por la Fundación Juan March, en colaboración con la editorial Ariel. (sobre este ver **Tiempo de Historia**, n.º 35: **Para cambiar la Administración Pública**).

Forman esa élite los funcionarios de cuerpos superiores de la Administración, aquellos para los que se exige titulación universitaria o de escuela técnica de grado superior. Dos notas características en ellos señala Beltrán. Profesionalización burocrática, de una parte; de otra, diferenciación burocrática. Por la primera, el funcionario gracias a la despolitización adquiere de hecho la inamovilidad en su cargo. Por la diferenciación el funcionario se ve integrado en grupos diversos: son los cuerpos de funcionarios «altamente dife-



renciados entre sí en un plano formal, con una tradición de privilegio consagrada, incluso, por las normas vigentes, estratificadas en función de puros criterios históricos y de poder, y con un predominio de pautas particularistas»...

De ahí el llamado espíritu de cuerpo. Sus consecuencias sociales son enormes: «los cuerpos en la administración española no son solamente un instrumento de selección y ordenación de la carrera y destinos de los funcionarios, sino un elemento estructural básico sobre el que se asienta de hecho la organización y la acción administrativa y, posiblemente antes que nada, agrupaciones organizadas de intereses de grupo, no es de extrañar el énfasis que normalmente se pone en la expresión 'espíritu de cuerpo'... Y esto llega a tales extremos que según Bernal los funcionarios se sienten primero miembros de un cuerpo que funcionarios. Es decir, que en la fracción prima el numerador sobre el denominador común. Y, sigue el profesor Beltrán, que entre ellos hay «una perceptible falta de sensibilidad ante la función pública en su conjunto y un alto grado de particularismo, fragmentación y tensión entre los distintos grupos».

La mentalidad jurídico-administrativa, la satisfacción con el puesto, la religiosidad, etc... son otras facetas estudiadas por Beltrán en este ensayo. ■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

HISTORIA DE UN FRACASO

Los ocho meses siguientes a la muerte del General Franco es el espacio de tiempo que tuvo el primer Gobierno de la Monarquía recién instalada para realizar el tránsito de un sistema totalitario a otra de talante democrático. De diciembre de 1975 a julio de 1976.

Era evidente que tanto por circunstancias de tipo económico y político internacional, el paso debía ser decidido y firme hacia la instauración de un sistema democrático formal de corte occidental. También era evidente que los hombres que debían conducir el tránsito no podían ser los de la etapa franquista. O por lo menos, el sector más puro e inmovilista del mismo. Carlos Arias, hombre de confianza de la familia Franco y de la oligarquía financiera no liberal del país, no era la persona que debía desempeñar el timón. El fracaso fue estrepitoso y notorio. Fueron ocho meses perdidos en un mar de confusiones, retrocesos y contradicciones. La serenidad y la lógica de todo un pueblo evitó la ocasión del derrumbe de la esperanza en un futuro democrático.

¿Qué pasó en esos meses? ¿Cómo se vio la situación y sus alteraciones desde los niveles del poder ejecutivo? ¿Cuáles fueron las iniciativas de la reforma y del cambio democrático? ¿Cómo se presentó ante la opinión internacional y en especial al mundo de Occidente la naciente Monarquía? A estas y otras preguntas viene a responder el libro (1) de José María de Areilza, conde de Motrico, ministro de Asuntos Exteriores del primer Gobierno de la Monarquía recién instalada.

El texto está redactado cronológicamente, en forma de diario, como el relato de un viaje por la actualidad de cada día y sin posibilidad de detenerse en el análisis profundo de las situaciones a las que hace referencia. El estilo es ágil, ameno y sereno. La fina pluma de Areilza se hace patente. El diario, como el propio autor señala, tiene un cierto valor como documento sincero y directo de un período de la historia de este país que tuvo trascendencia política y con el que comenzó una nueva era en la organización de nuestra convivencia moderna democrática. Aquel período tuvo tal densidad de acontecimientos y fue tan vertiginoso el proceso acelerado de la movilización popular de la sociedad, que fue equivalente al de varios años de otras épocas rutinarias de nuestra existencia. De todos modos, salta la sospecha de que Areilza no cuenta todo lo que sabe. Es extraño que un ministro importante de un Gobierno no refleje en su diario hechos y circunstancias que tuvieron gran repercu-